



derecho y la teología. En los conventos, donde se hacían los estudios mayores, había salones anexos á los claustros, y abiertos á la juventud, que acudía allí á las horas de estudio, como acontece hoy en las universidades.

Todos los mencionados establecimientos funcionaban bajo la dirección única de un consejo llamado de la Universidad, y presidido por un rector (1), que tenía á sus órdenes cuarenta dependientes entre administrador, síndicos, bedeles, secretarios y maestro de ceremonias, y á su cargo la dirección de setenta y tres cátedras, sostenidas por rentas considerables. Más de ocho mil estudiantes se apuntaban en la matrícula de la poderosa universidad, que por su riqueza, su fama y su influencia imperaba en Salamanca. Contaba con administración y gobierno propios, cancellería, estados, escribanos, jueces, médicos, músicos, predicador, iglesia particular, dedicada á San Jerónimo, hospital, nombrado de San Juan Bautista, y exclusivamente destinado á los escolares pobres, é inmensa biblioteca, con entrada libre por espacio de cuatro horas diarias, tanto para los maestros, como para los discípulos.

Á causa de su nombre y superioridad, el colegio de estudios mayores, que dirigían los dominicos en su convento de San Estéban, estaba en primera línea, y marchaba al frente de los demás establecimientos, siendo en su recinto donde se reunió la junta científica.

Puede inferirse el ruido que haría en Salamanca la noticia de semejante congreso, al considerar que en primer lugar era un acontecimiento del todo nuevo, sin precedente, que por su extrañeza picaba la curiosidad de los hombres graves, y en segundo lugar que, como don Rodrigo Maldonado, vice-presidente de la junta, reputado geógrafo, sin saberse por qué, y persona afable y sin presunción, era hijo de la ciudad, y había cursado en ella, su familia y amigos se tomaban un interés personal en las discusiones que iban á tener lugar. Lo propio

(1) «Tiene esta universidad para su mayor servicio y grandeza más de cuarenta oficiales, administrador, síndicos, secretarios, bedeles, maestro de ceremonias y otros.» Gil Gonzalez Dávila, *Historia de Salamanca*, lib. II, cap. XVIII, p. 188.

acontecía por parte del joven Gricio, secretario del rey, y de otros oficiales de la servidumbre de palacio, nacidos también allí.

Una circunstancia casi dramática contribuía á que fuera más sonado el suceso. El gremio de barberos guardaba su bandera, y tenía su capilla en San Estéban (1), y como en su regocijo, todos los figaros parecían participar de la honra hecha á la casa de los dominicos, calcúlese si sus lenguas no estarían en continuo movimiento, y si en Salamanca habría quien no supiera la gran novedad. Hasta los arrieros y las nodrizas estaban al tanto de que un extranjero pretendía probar que la tierra era redonda como una naranja; que había regiones en que andaban sus habitantes cabeza abajo, y que navegando en línea recta á poniente, se volvía por Levante. Atónitas quedarían las gentes tal vez de que se discutieran seriamente cosas de tanto chiste.

Se formó la junta de los profesores de astronomía y cosmografía, propietarios de las primeras cátedras de la universidad, y de los principales geógrafos ó geómetras que habían estudiado en otro tiempo las matemáticas con Apolonius, y física con Pascual de Aranda, únicos maestros de cuenta que hubiera producido todavía Salamanca. Pero ni el P. Marchena, ni el joven piloto Juan de la Cosa tomaron parte en la reunión, ni tampoco el lapidario de Burgos, Jaime Ferrer, el español más competente en materia de cosmografía, y al que distinguía con su amistad el gran cardenal, pues se hallaría en aquellas circunstancias ocupado en su comercio de piedras preciosas, en el Cairo ó en Damasco.

La reina, que con el fin de dar impulso á los estudios asistía á los exámenes, no quiso á la sazón influir con su presencia en el debate, ni hacerlo embarazoso, ni tomar tal vez algún partido, y se privó del gusto de ser testigo de la lucha del genio con la erudición (2). Pero la

(1) «San Estéban, monasterio de Dominicanos; en él tienen cofradía los barberos.» *Memorias de las iglesias, monasterios, hospitales, ermitas y cofradías de oficios*. Gil Gonzalez Dávila, diácono y racionero de la santa iglesia de Salamanca.

(2) También se ocupaba entonces en revisar los



purista doña Lucía de Medrano, acostumbrada á explicar en público los clásicos, la célebre doña Beatriz Galindo, apellidada *la Latina*, y que enseñó á Isabel la Católica la lengua de Virgilio, la melodiosa poetisa Florencia Pinar y Francisca de Lebrija, la ilustrada hija del maestro, que debía reemplazar un día en la universidad de Alcalá, figuraban entre los curiosos, Y entre las notabilidades el nuncio apostólico monseñor Bartolomé Scandiano, su sobrino y secretario Pablo Olivieri, propagador del buen gusto, ex-legado monseñor Antonio Geraldini, y su hermano el ingenioso Alejandro, el dean de Compostela, el secretario del primer ministro, Didáceo Muro, el ilustre profesor Gutierrez de Toledo, primo del rey, el siciliano Antonio Blaniardo, más conocido por el nombre romano-Flaminius, su compatriota Lucio Marineo, Villa Scandino, primer catedrático de derecho canónico, Pedro Pontea, suplente de derecho civil y conocido del P. Marchena, el matemático Juan Scribá, que trocó el compás por una embajada, el doctor Gaspar Torella de Valencia, más tarde médico de dos papas, y que, queriendo lúe-go curar las almas como había curado los cuerpos, murió de obispo de Santa Justa, el valetudinario portugués Arias, catedrático de literatura griega, y el primer maestro de teología del colegio de San Estéban, Fr. Diego de Deza, cuya ciencia y piedad gozaban de igual fama fuera, que dentro del convento, del cual era la gloria después de haber sido el discípulo, y á cuyo alrededor se agrupaba lo más escogido de la escuela.

Preciso es conocer que en aquel congreso el auditorio no fué menos imponente que los jueces, pues tenía otro tanto saber y más independencia.

Ya dijimos cuán desfavorable era al proyecto Talavera: ahora añadiremos que su asesor D. Rodrigo de Maldonado participaba de las mismas ideas, y que los vocales, como generalmente sucede en casos análogos, estaban bajo la influencia del presidente, y antes de la primera sesión prevenidos ya contra lo que iba á

procesos de la audiencia de Valladolid para ver de qué modo se había administrado la justicia, Garibay, *Compendio historial*, etc., t. 1, lib. XVIII, cap. XXXI.

discutirse y el que venía á defenderlo, considerándolo todos como un orgulloso, que pretendía descubrir una cosa en que no pensó jamás ningún geógrafo; deduciendo de aquí que se creía superior á cuantos le precedieron. También su cualidad de extranjero era una circunstancia agravante, y que no constituía el menor de sus defectos.

Con la cabeza erguida y el corazón tranquilo compareció Colon ante la audiencia, á pesar de la mucha distancia que lo separaba de su modo de pensar. Porque al par que los unos estaban firmemente persuadidos de que la tierra fuera el cuerpo más disforme de la creación visible, el centro fijo del universo, y de que siendo su tamaño mayor que el de todos los astros, por ella se movían en torno suyo, otros pretendían que su hechura era la de un círculo plano, ó de un cuadrilátero inmenso, rodeado de un mar inconmensurable. De consiguiente, admitiendo la forma circular ó cuadrangular, pero siempre plana de la parte sólida, limitaban la extensión de las aguas á la séptima parte de la tierra y, sin forjar claramente un sistema, consideraban como un sueño cuanto no estuviere conforme con los autores antiguos. Muchos también se inclinaban á ver en las teorías de Colon peligrosas innovaciones, que tal vez encubrían algunas herejías.

Antes de tomar la palabra, se decidió Cristóbal á no pasar en esta controversia de ciertas generalidades, ni descubrir á la indiscreción pública la base de su convicción; pues la pérdida de conducta de Portugal lo hacía prudente, aun en presencia de la noble y leal corte de Isabel. Lo que iba á establecer sobre datos científicos no era la última razón de su sistema ni su demostración clara y terminante, sino los argumentos secundarios tornados en principales. No obstante tal complicación, expuso con calma y seguridad lo que le parecía ser el fundamento de su idea; mas como se apoyaba esencialmente en las ciencias, no pudo seguirlo bien la junta, salvo los dominicos, que lo escucharon con atención (1) y le dieron buena acogida.

(1) Fr. Antonio de Remesal, *Historia de la provin-*



Algunos miembros le arguyeron con pasajes de las Santas Escrituras, pésimamente aplicados, y con fragmentos truncados de autores eclesiásticos, contrarios á su sistema.

Por una parte establecian varios catedráticos, en mayor ó menor escala, que la tierra era llana y no redonda, puesto que dijo David: «Extendiendo el cielo como una piel,» á lo que añadian las palabras de San Pablo al comparar los cielos con un pabellon colocado sobre la tierra, idea que excluye la esfericidad del mundo; y por otra los ménos rígidos ó ménos extraños á la geografia, sostenian que, admitiendo la redondez de la tierra, el proyecto de ir á buscar regiones habitadas en el hemisferio austral fuera quimérico, porque la otra mitad del mundo estaria ocupada por la mar *Tenebrosa*, abismo ilimitado y formidable; y que si por ventura un bajel llevado en esa direccion llegaba á las Indias, nunca podria tornar, en razon á que la pretendida redondez de la tierra formaria un obstáculo insuperable para lograrlo, por favorables que soplaran los vientos (1). Y si les contestaba con datos tomados del arte de navegar, ó hijos de la experiencia, le replicaban con autoridades de Lactancio y de San Agustín, condenando la opinion absurda de los que creen en los antípodas, y justificaban los clásicos con el testimonio de los paganos Epicuro y Séneca.

Con respecto á Séneca, incurrian en un error involuntario; pues creyendo referirse al filósofo Lucius Annæus Séneca, y preceptor de Neron, le atribuyeron este pasaje de los *Suasoria*: «Alejandro se embarcará en el Océano, estando la India al fin del mundo, más allá del cual empieza la noche eterna» (2). Semejante pregunta no fué hecha por Senéca, sino por su padre, Mucius Annæus, que vivió en tiempo de Augusto; y la puso en sus *Suasoria*. ¿Pero qué eran las *Suasoria* sino bosquejos de retórica, asuntos de amplificacion, para dar lugar á discusiones ficticias, meros rasgos de elocuencia? Así es que, con un capricho de la imaginacion,

*cia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, lib. II, cap. VII.

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. IX.

(2) Voss, *Kleine Schriften*, t. II, p. 241.

con un tema de composicion oratoria pretendian refutar la teoría de Colon...

En la disputa se iban tocando demasiados puntos incidentales, para que terminara prontamente. Despues de cada relato de Colon se reunia la junta en sesion secreta, con el objeto de examinar la fuerza de sus argumentos, los textos citados, y tener preparadas las respuestas ó objeciones para la siguiente (1).

Comprendiendo Colon que no bastaba la ciencia para convencer á sus jueces, entre los que más abundaban los teólogos que los marinos y cosmógrafos, se resolvió á debatir las autoridades de las Escrituras, y el parecer de los comentadores, á riesgo de hacerse sospechoso de herejía. El ardor de su apostolado pareció transformarlo entónces á los ojos de sus oyentes. La majestad de su presencia, el fuego de su mirada, y el timbre sonoro de su voz, daban á su palabra una persuasion irresistible para toda alma elevada; al par que la poesia y la grandeza de los libros sagrados, electrizando su corazon, ennoblecian su enérgico lenguaje con lo sublime del asunto, al volver contra sus adversarios las mismas citas con que creyeron condenarlo. La digna actitud tomada por Colon ante la Junta, hizo que muchos de los concurrentes se sintieran atraídos hácia él, y que el catedrático de filosofía de San Estéban, fray Diego de Deza, saliera en su defensa, y ganara á su causa á los primeros maestros de la Universidad.

Colon tenía en su favor la calidad, ya que no la cantidad, de los votos; pero los espíritus timoratos y los escolásticos pertinaces encontraban en extremo presuntuoso el que un marino hablara contra la opinion de San Agustín y de Nicolas de Lyra. Se difundió en esto un vago rumor, que hubiera sido peligroso en un

(1) Mientras duraron estas conferencias estuvo Colon hospedado en el convento de San Estéban. Los dominicos proveyeron á todas sus necesidades generosamente, y hasta le costearon su viaje, teniendo aún á mucha honra los de esta religion el haber dado albergue al mensajero de la Providencia, entónces desconocido. Véase Fr. Antonio de Remesal, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa*, etc., lib. II, cap. VII. Muñoz, *Historia del Nuevo mundo*, t. I, libro II, cap. XXVI.



país en que la Inquisicion acababa de establecerse y desplegaba la grande actividad que le permitian sus facultades; mas felizmente el nuncio monseñor Scandiano supo lo que ocurría, como tambien el ex-nuncio, y su hermano Alessandro Geraldini se apresuró, para prevenir el mal, á solicitar una audiencia del cardenal Mendoza. Poco le bastó para demostrarle que, por mejor comentador que fuera Nicolas de Lyra, y por más elevada y grande que fuese la filosofía y la santidad de San Agustín, no podian hacer ley en materia de geografia y navegacion, ciencias extrañas á sus tareas (1). La opinion del legado, de los Geraldinis y del gran cardenal, lo mismo que las simpatías de Diego de Deza y de algunas notabilidades de la ciudad, neutralizaron el efecto de las pérfidas insinuaciones que traian receloso al Santo Oficio.

La córte no esperó el fin de las conferencias, y abandonó á Salamanca el dia 26 de Enero de 1487 para ir á Andalucía (2), y la comision se separó sin haber concluido nada, pues por unanimidad condenaba el proyecto, bien como quimérico, bien como impracticable.

La nueva campaña contra los moros de Málaga hizo que por el momento se olvidase el pensamiento de Colon, del cual tampoco pudo seguir ocupándose Fr. Hernando de Talavera (que no se tomaba ningun interes por él, persuadido de la imposibilidad de llevarlo á cabo), á causa de que estando en la obligacion de acompañar á SS. AA. en calidad de confesor de la reina, no obstante su promocion al obispado de Ávila, le hubiera sido muy difícil proseguir

el asunto, habiéndose dispersado todos los vocales de la junta.

Las conferencias de Salamanca pusieron de manifesto la erudicion, la ciencia y las gigantescas miras de Colon, dando á la idea y al autor fama y popularidad. Desde entónces comenzaron los reyes á tratarlo con mucha consideracion (1), y aunque sin comprometerse con él, gustaban hablarle y ocuparse de su plan, llamándole en diversas ocasiones, prévia indemnizacion de sus gastos de viaje, como se desprende de los apuntes de cuentas del tesorero Francisco Gonzalez de Sevilla (2). D. Fernando, á pesar de huir siempre de arriesgar un solo ducado en la ejecucion de la empresa, acariciaba en su mente como un sueño de oro el pensamiento de descubrir tierras situadas al extremo de las Indias, cubiertas de especerías y piedras preciosas.

Las ocupaciones militares, que distraian la atencion de los soberanos, hicieron aplazar, pero no rechazar, el ofrecimiento de Colon, y á los nueve dias de la rendicion de Málaga, ó sea el 18 de Agosto de 1487 percibió de las cajas reales cuatro mil maravedis para ponerse en camino hácia donde estaban SS. AA. (3). Con su llegada volvieron á reanudarse las negociaciones; pero los acontecimientos de la guerra, y sus apremiantes necesidades venian siempre á darles treguas. Aquel año invadió la peste á Córdoba, y la córte se trasladó á Zaragoza, para permanecer en ella durante el invierno, llamando allí los reyes á Colon, como lo prueba el contenido de un asiento de su tesorería (4).

Aunque todo el siguiente de 1488 se pasó en

(1) «Desde entónces le miraron los reyes con agrado.» Andres Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos*, cap. CXVIII.

(2) «En dicho dia (5 de Mayo de 1487) di á Cristóbal Colomo, *extranjero*, tres mil maravedis, que está haciendo algunas cosas complideras al servicio de sus altezas.» Docum. diplom., núm. 11. Simancas.

El 3 de Julio siguiente se le facilitó igual suma por el mismo tesorero.

(3) «Di á Cristóbal Colomo cuatro mil maravedis para ir al Real.» Documentos diplomáticos, núm. 11. Simancas.

(4) Un apunte fecha 15 de Octubre de 1487 demuestra que recibió otra suma de cuatro mil maravedis.

(1) «Ego qui forte juvenis retro eram, Didacum Mendozam, sanctæ romanæ Ecclesiæ cardinalem hominem genere integritate, prudentia, rerum notitia, et omnibus preclaræ naturæ ornamentis illustrem petii. Cui cum referrem Nicolaum a Lyra, virum sacræ theologiæ exponendæ agregium fuisse, et Aurelium Augustinum doctrina et sanctitate magnum, tamen cosmographia caruisse,» etc. *Itinerarium ad regiones sub æquinoctiali plaga constitutas*. Alexandri Geraldini, Amerini episcopi civitatis S. Dominici, etc., liber XIV.

(2) *Cronicón de Valladolid*, ilustrado con notas por el Sr. Sainz de Baranda. Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, t. XIII.



inútiles solicitudes y esperanzas defraudadas, sólo dependía de Colon el llevar á cabo su proyecto, y obtener su recompensa; pues D. Juan II, el único portugués que pudo admirar su ingenio, estaba deseoso de atraérselo. Y como él le hiciera saber el temor que abrigaba (sin duda para tener en que apoyar su negativa), de que una vez en sus manos, no se valieran sus consejeros de cualquier pretexto para atentar contra su libertad, el rey le remitió un salvo-condicto con fecha 20 de Marzo, en cuyo sobrescrito se leía: *Á Cristóvam Colon noso especial amigo, en Sevilha* (1). Pero por más que le doliera el tiempo que se perdía, y por mucha que fuera su impaciencia, se mantuvo firme en su primer propósito, de no tratar más con Portugal, y no salió de España.

Abandonaron los reyes á Zaragoza en la primavera, para tentar un golpe de mano contra los moriscos, y durante el verano hicieron venir á su lado á Colon (2). Pasaron luego á Valladolid, y la dejaron en Mayo, para ir á la industriosa Medina del Campo, en la cual querían recibir la embajada que les enviaba Enrique VII, deseoso de ser su aliado, y á principios de Febrero se trasladaron á Córdoba, pareciéndoles entonces llegada la hora de examinar con detenimiento los planes del genoves. Al efecto expidieron una orden el día 12 de Mayo de 1489, encargando á la municipalidad de Sevilla le preparase alojamiento gratuito (3). Pero todavía hubo un tropiezo, que consistía en que resuelto como estaba el sitio de Baza, era preciso aprovechar la buena estación, para conquistar esta plaza, una de las más fuertes que poseían los musulimes. La fe y la resignación de Cristóbal igualaban á la persistencia casi fatal de las causas que hacían detener sin cesar á tan valiente cristiano en su camino, sin arrancarle una queja en su desesperada situación.

No era el sitio de Baza una mera combina-

(1) Orij. en el archivo del duque de Veragua.

(2) «En 16 de Junio de 1488 dí á Cristóbal Colombo tres mil maravedis por cédula de sus altezas.» *Libro de cuentas de Francisco Gonzalez de Sevilla*, Simancas, docum. diplom., núm. 11.

(3) En el archivo del Ayuntamiento de Sevilla, lib. III, de cartas reales. Docum. núm. 4.

ción estratégica, sino la penúltima palabra de la cruzada; porque de su buen éxito dependía la suerte de los mahometanos en España.

Entonces Colon ciñó su espada y fué á la guerra, donde en los rangos subalternos se consagró silenciosamente á servir con tanto valor (1) como humildad la causa del Redentor; y áun parece que dió excelentes consejos sobre las operaciones; consejos que por ser pobre, extranjero y marino no escucharon los que rodeaban al rey. Experimentáronse al principio de la campaña algunos descalabros; y esto, unido á las grandes lluvias y á las enfermedades que sufría el ejército, aumentadas con la escasez de los abastos, desanimaron á los principales capitanes, hasta el punto de solicitar de S. A. que levantára el asedio por temor de un desastre. Antes de decidirse don Fernando quiso consultar con su esposa, á la sazón en Jaen. Isabel se opuso, y prometió proveer las tropas de cuanto necesitáran, empeñando con este objeto sus joyas y vajillas de oro y plata á las ciudades de Barcelona y Valencia, y haciéndose abastecedora general, pues ninguno quiso encargarse de ello, tanto por el mal estado de los caminos, como por temor á las emboscadas de los enemigos. Regimenta seis mil peones, para reparar las vías de comunicación, construir puentes y llevar la artillería pesada: alquila catorce mil mulas, y organizando bajo la protección de escoltas un servicio regular de trasportes, lleva al campamento la abundancia y la esperanza, al par que, para estimular el fervor de los soldados, envía dos franciscanos acabados de llegar de Palestina con su mensaje amenazador del soldan de Egipto.

Pero los discursos de estos sacerdotes no conseguían reanimar el fuego, pues se vacilaba en atacar; las órdenes eran incoherentes y faltaba la unidad y el impulso. Sábalo Isabel y vuela al campo, se pone, sin decirlo, á la cabeza del ejército; y con la presencia de tan gran general, cambia el aspecto de las cosas, se opera una repentina transformación en las costumbres de los sitiadores, cesan las quere-

(1) Diego Ortiz de Zeñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*, lib. XII, p. 404.



llas personales, el desfallecimiento y los conflictos en las disposiciones, multiplicanse los parapetos, se avanzan las paralelas, velan los que guarnecen las trincheras, y prosigue el cerco con regularidad. Noche y día resuenan los cañones, que baten constantemente los muros de la plaza, sin dar tiempo á reparar sus destrozos, hasta que los moros, al fin, desalentados con una actividad no conocida en tales empresas, comprendiendo lo inútil de más larga resistencia, piden capitulación.

Tamaña victoria, debida sólo á la táctica de la reina, fué admirada de todos los guerreros, tanto que el valeroso Hernando del Pulgar, que se halló presente, al mencionar la influencia que ejerció Isabel, influencia maravillosa, que casi se asemeja á una exageración poética, pone á Dios por testigo de la verdad de lo que dice (1).

La rendición de Baza difundió el espanto por la morisma, y colmó de alegría á la España cristiana. Sevilla dispuso una magnífica entrada triunfal á SS. AA. y se prolongaron las fiestas y los regocijos. No bien terminados estos desahogos, absorbieron la atención de los reyes las negociaciones del casamiento de su hija la infanta doña Isabel con el heredero presunto de la corona portuguesa, que se verificó en Abril de 1491. La serie de diversiones pareció entonces interminable, y como los banquetes, las justas, los bailes de trajes, las serenatas é iluminaciones aturdirían y deslumbraban, sin dar lugar á las graves cuestiones científicas, ¿de cuánta paciencia no debió revestirse Colon!

Fué imposible reanudar las conferencias sobre lo discutido en Salamanca ántes de la venida del invierno. Y como la relación, que la junta debía remitir á los reyes, no estaba redactada áun, y Colon sabía que Isabel no tendría reposo hasta no ver flamear sobre las almenas de la Alhambra el pabellón de Casti-

(1) «Y porque fuimos presentes y lo vimos, testificamos verdad ante Dios que lo sabe, y delante de los hombres que lo vieron, que despues del día que esta reina entró en el real, pareció que, etc.» Hernando del Pulgar. *Crónica de los reyes Católicos*, parte tercera, cap. CXXI.

lla, no quiso esperar á los preparativos de otra guerra, y reuniendo á los suyos los esfuerzos de aquellos que lo apreciaban, consiguió que la comisión fallara en definitiva.

El obispo de Avila, cuya opinión no había cambiado en este asunto, volvió á tomar la presidencia, y todos los miembros acordaron por unanimidad, que los cálculos estaban basados en un principio falso é imaginario, porque su autor afirmaba como verdad lo imposible (1).

Sin embargo de tan triste conclusión no abandonó la reina el proyecto, pues su ingenio no condenaba al de Colon; mas como la guerra que iba á comenzar contra Granada traía gastos enormes, encargó á Fr. Hernando de Talavera le dijese que los apuros del tesoro no la permitían ocuparse por lo pronto de su plan; pero que una vez terminada, se procedería á examinarlo de nuevo.

Despues de tantos años de espera, de gestiones perseverantes y desengaños, semejante contestación habría dado al traste con cualquiera otro que no fuese aquel hombre, avezado á las privaciones, á la burla y al desden de la soberbia ignorancia. Pero él, deseando que la nación española, cuyo fervor religioso y carácter caballeresco tan bien se avenía con el suyo, se aprovechara del descubrimiento, lo propuso al duque de Medina-Sidonia, uno de los principales señores de Castilla, y que poseía escuadra, puertos y ejército. (1) Una buena acogida y la promesa de recomendarlo á la reina fué cuanto obtuvo del duque, entonces muy ocupado en los preparativos de una próxima campaña. La magnitud del plan le hizo tomarlo por una quimera, ó quizás como una

(1) «E que todos ellos acordaron que era imposible ser verdad lo que el dicho decía.» Testimonio del doctor Rodrigo Maldonado en el 15 interrogatorio de la información. Suplem. prim. á la colección diplomática.

(1) «Algunos años ántes para socorrer á Alhama en el cerco que los moros la tenían puesto, levantó en sus estados cuarenta mil infantes y cinco mil caballos.» Bigland. *Historia de España*, t. I, p. 243. El poder de los Medina-Sidonia era mucho á causa de sus alianzas con las principales casas de España, entre otras con la de la condesa de Teba, emperatriz de los franceses.